

Descartes, Frankenstein y los monstruos de la modernidad.

Por Enrique Müller. Psicoanalista.

Mary Shelley vivió una época de grandes dificultades y privaciones, sobre todo para las mujeres. Nació a fines del siglo XVIII, cuando la mujer ocupaba un lugar de servidumbre y viejos mandatos. Casarse jóvenes, con quien su familia decidiera, dominadas por una economía en crisis.

Mary varias veces vivió en la pobreza y sufrió la pérdida de dos de sus hijos, por las condiciones inhumanas que se consideraban “normales”. Su propia madre murió en su parto, pero sus padres fueron ambos pensadores que se oponían al orden reinante y a los mandatos sociales. Su madre quizás es la primera que escribe en pos de la liberación de la mujer. Mary lee la obra de sus padres y lleva a la acción lo que ellos escribieron en teorías. Se casa con Shelley (un poeta “libertino”, que creía en el amor libre), creando un gran escándalo en Inglaterra, por lo cual deben huir a Francia.

Es conocida la anécdota del surgimiento de su novela más famosa junto a Byron y otros poetas. Pero más allá de cómo haya surgido, crea con *Frankenstein* un género nuevo: la ciencia ficción. Muestra en la novela (que muchos atribuyen en parte a su propia biografía) la posibilidad de superar la muerte, pero el resultado final lejos está de ser algo positivo. En esa época se divulgaban la electricidad y el galvanismo, y la propia autora dice que vio la creación del monstruo en un sueño.

La escritura del libro fue en una época oscura del surgimiento del capitalismo, desigualdad social (su padre escribirá un legado sobre el tema que será seguido como religión por Shelley y otros poetas). Para sobrevivir en ese tiempo tal vez había que ser un monstruo, sin duda mucha gente de todas las épocas se identificó con esa novela (como podemos deducir por el éxito que tuvo, a lo largo de 200 años y la cantidad de otras obras que inspiró), pero no hay que quedarse solo con el terror que muchos ponen como título principal, aunque el condimento indudablemente está.

A nosotros nos llega la versión de que Mary se hizo famosa gracias a Shelley, cuando fue totalmente al revés, ella luchó durante muchos años por el reconocimiento de la obra del poeta. Ahora bien, si en la sociedad en la que vivimos nos resulta difícil de creer que una mujer de aquel entonces haya escrito algo semejante, ¡imaginemos qué pensarían en el 1800! Hoy en día vivimos tiempos opuestos con respecto a la lucha de la mujer, sus reivindicaciones por tantos años postergadas contra los abusos por parte de los hombres y demás temas que están cambiando a nuestro mundo, que además ya venía cambiando al paso de la tecnología, y lo sigue haciendo.

Vivimos en una época de pandemia y grandes incertidumbres, a pesar de que ya pueda vislumbrarse cómo se soluciona el problema de la enfermedad, no se sabe cómo saldremos como personas, como sociedad, además de duramente golpeados en lo económico.

¿Cuál será la nueva “normalidad”?

En esta época de crisis, Matías Wiszniewer, en *Invierno sueco. El último viaje de René Descartes.*, crea un “Frankenstein Cartesiano”.

¿Por qué lo denomino así? Porque el que creíamos padre del racionalismo y, en consecuencia, fundador de las ciencias modernas, no es en realidad el pensador que nos mostraron hasta el hartazgo.

Matías investiga, viaja por la ruta de Descartes y descubre su lado aventurero, bohemio, tal vez espía, alejado de los libros y de la academia. Sólo en esas condiciones puede hallar una nueva verdad (quizás no tan nueva, porque viene a recuperar el “conócete a ti mismo”).

Lo interesante es que, para el mundo de hoy, al tomar una de las bases que uno creía inmovible e imposible de dividir como René Descartes fundador del racionalismo, piedra angular de la filosofía, “el cuerpo cómo máquina, campeón del pensamiento y del *cogito*”, la operación que hace el autor transforma a

Descartes en otra persona, llena de otras características: un ser humano que estudió mucho y un buen día decidió alejarse de los libros y buscar la verdad en el mundo.

Esta operación de subvertir a Descartes, lo podría convertir en el nuevo “Frankenstein” de esta época, porque ya no es sólo el padre fundador del “pienso luego existo”, ya no representa los valores de la vieja razón, ya no tranquiliza, tampoco nos da una certeza absoluta. Hoy, cuando las incertidumbres, las dudas, se tapan con fanatismos y discursos vacíos, donde la famosa grieta ocupa un lugar central en muchos lugares de la tierra.

El monstruo de Mary Shelley nos lleva a identificarnos con cierta verdad propia, cierta monstruosidad formada por fragmentos recolectados de diferentes lugares a lo largo de nuestra vida. Nos conduce a vernos diferentes al personaje único que representamos todos los días. Un monstruo que nos resulta curiosamente familiar. Lo podemos asociar a los velos que resquebraja un sujeto en un análisis cuando aparece lo siniestro. Pero conocer estas monstruosidades es necesario para lograr una vitalidad un poco más interesante.

El monstruo creado en *Invierno sueco. El último viaje de René Descartes*, nos lleva a alejarnos de las certezas que tenemos y retomar el camino de la duda, que es el del pensamiento. Pero un pensamiento propio, no copiado; tolerar todas las incertidumbres que nos rodean y sin embargo no atarnos a ninguna certidumbre. Seguir dudando, creo que eso es lo más valioso que tenemos en el tiempo que nos toca vivir, y tal designio se palpita en la novela de Matías.